

les para contener ó expulsar las aguas de ellas. Conocida también la constitución geológica del terreno, pueden á la vez apreciarse las dificultades y tropiezos que hubo que vencer durante siglos en la ejecución de las Obras del Desagüe, asunto principal de los libros que siguen al presente.

LUIS ESPINOSA.

LIBRO SEGUNDO

RESEÑA HISTÓRICA

DEL

DESAGÜE DEL VALLE DE MÉXICO

1449-1855

Por Don Luis González Obregón.



I

Peregrinación de los aztecas.—Sitio escogido para fundar la Ciudad.—La leyenda de los sacerdotes Axolohua y Cuauhcoatl.—Fundación de México, Tenochtitlán.—Espacio ocupado por la ciudad primitiva.—Las *chinampas*.—Cómo se formó el primer subsuelo de México.—Las primeras construcciones.—Calles de agua y calles de tierra.—Calles de tierra y agua.—Los *hueicalpulli*.—Las calzadas.—Los cinco grandes canales de comunicación y para gobernar las aguas.—Los veinte barrios menores.—La primera inundación de México.—Fecha exacta en que acaeció.—Cómo la representaron en sus jeroglíficos los *mexica*.—El gran dique ó albarrada de Netzahualcoyotl.—Ventajas que resultaron de su construcción.—Diques y compuertas en el Sur.—Ahuitzotl, octavo monarca de Tenochtitlán.—Introducción del agua de los manantiales de Coyoacán.—Tzutzumatzin.—El Señor de Churubusco.—Hechicerías.—Muerte y profecía de Tzutzumatzin.—Construcción del acueducto.—Fiestas celebradas para recibir el agua.—Segunda inundación de Tenochtitlán.—Opinión de D. Francisco de Garay sobre la causa de esta inundación.—Refutación.—Estragos causados por las aguas.—Reconstrucción de México.—Tercera inundación gobernando Motecuhzoma II.—Resumen y conclusión.



A necesidad obligó á los antiguos aztecas ó mexicanos á fundar la capital de su imperio en medio de las aguas de los lagos del Anáhuac. Larga y penosa había sido su peregrinación para poder llegar á establecerse en el sitio definitivo anunciado por su dios; pero la tribu infatigable no descansó nunca, y si á veces desesperó, la fe en Huitzilopochtli le hizo cobrar nuevos bríos, y continuar su camino fatigoso, lleno de vejaciones sin cuento; peregrinando ora en barcas para atravesar las aguas de estrechos y de lagos, ora á pie por llanos inmensos y caldeados por el sol, ó trepando como fieras por altas montañas, desde cuyas cimas se extasiaban contemplando los pintorescos paisajes de los valles.

El poético canto de un misterioso pajarillo que parecía decirles *tihui, tihui, vamos, vamos*, los reanimaba, los hacía cobrar nuevas fuerzas, y sin temor alguno, después de haber visto desaparecer una y dos generaciones desde la salida de su vieja patria, hijos y nietos caminaban llevando su dios á cuestas, siguiendo el ejemplo

de sus abuelos y de sus padres, hasta llegar al hermoso lugar en donde habían de establecerse.

Nuevas penalidades y humillaciones tenían aún que sufrir. Su dios les había anunciado que en el lugar en que hallasen un nopal, y sobre el nopal una águila, y águila y nopal descansando en una isleta, allí sería el sitio en que habían de radicarse. Aquel sitio hasta entonces no hallado, aquel sitio ansiado por los peregrinantes, era el más hermoso ensueño de la tribu, el recuerdo cariñoso de su antigua mansión, de la vieja Aztlán, que también surgió en medio de los lagos.

Pero llegó un momento en que la situación de la tribu fué casi insoportable. Temidos ó envidiados por su tenacidad y constancia, no contento con esclavizarlos el señor de Culhuacán, los expulsó de sus cercanías obligándolos á penetrar en plena región de los lagos. Los *mexica*, desnudos, hambrientos, y viviendo en las riberas de las aguas, caminando de isleta en isleta, resolvieron al fin dar cima á lo que tanto anhelaban.

«Para mejor acertar, dice un cronista, juntáronse los Mexicanos, en vn lugar, llamado *Temazcaltitlan*, que es mui metido en la Laguna, y algo cerca del sitio que aora tiene la Ciudad; y consultando su cuidado (como aquellos que ya deseaban reposo), salió determinado, comprometer en dos de sus Sacerdotes, llamados el vno, Axolohua, y el otro, Cuauhcoatl, y encomendándoles el caso, les pidieron con muchos ruegos, que con mucha diligencia anduviésen por todos aquellos Carriços, y Junciales (de que toda la Laguna estaba llena y espesísima), y eligiesen lugar seguro, y bueno, donde poblar.»

Como se vé, los *mexica* estaban en pleno lago, cuyo aspecto en pocas pero gráficas líneas pinta el cronista, el cual continúa su relato de este modo:

«Aceptaron los Sacerdotes la petición del Pueblo; y tomando en sus manos vnos bordones (en que poder hacer fuerza, para saltar pasos malos, y lugares divididos en el Agua), fueron por entre las Cañas, y Juncia, buscando Camino, y lugares menos espesos, por donde pasar; y aviendo apartádose de su Gente, vn breve trecho, vieron enmedio de los Carriços, ó Cañaverales, vn lugar pe-

queño de tierra enjuta, y enmedio de él, el Tenochtli (que aora tienen por armas), y al derredor del pequeño sitio de tierra, vn Agua mui verde que cercaba el dicho lugar, y era tan viva su fineça, que parecian sus visos mui finas Esmeraldas. Llegados á este lugar, y aviendo visto la particularidad de sus Aguas, y contemplado la singular y nunca vista vision, quedaron admirados, y suspensos, en la consideracion de el fin, que podia tener.»

Mas de improviso, cuando los dos sacerdotes más admirados estaban ante aquél prodigio anunciado por el dios, uno de ellos, el llamado Axolohua se hundió en las aguas verdes y tranquilas, sin darse cuenta de ello, y con grande asombro de su compañero Cuauhcoatl, quien apresuróse á ir cerca de los suyos, los miserables mexicanos, que oyeron llenos de júbilo la noticia de haberse hallado por fin el sitio apetecido; pero que se pusieron afligidos y medrosos, cuando fueron informados de la violenta desaparición de Axolohua.

Cuando más tristes y apenados estaban todos, comentando la desgracia del sacerdote y la causa que pudiera haberla determinado, de repente se apareció entre ellos, después de un día de ausencia. Al verle los mexicanos quedaron tan asombrados cuanto tristes habían estado, y recibéndolo con amor, le dijeron:

—«Seas bien venido Axolohua, que te certificamos, que nos has puesto, y tenido harto confusos, y cuidadosos, despues que Quauhcohuatl, tu Compañero, nos contó, lo que á él, y á tí, os avia pasado.»

—«No temais Mexicanos, dijo Axolohua, de lo que aveis sabido, porque aunque es verdad que yo me sumí en el Agua, en presencia de Quauhcohuatl, fué con particular misterio; porque en lo interior de ella, vide á vno (por cuió poder yo llegué á aquel lugar), que dijo llamarse Tlaloc (que en nuestro lenguaje quiere decir, Señor de la Tierra), y me habló de esta manera: Sea bien venido mi querido hijo Huitçilopochtli (que era el dios que avian traído los Mexicanos consigo, y los avia guiado hasta aquel lugar), con su Pueblo: díles á todos esos Mexicanos, tus Compañeros, que este es el lugar donde han de Poblar, y hacer la Cabeça de su Señorío, y que aquí verán ensalçadas sus Generaciones.» (1)

(1) FR. JUAN DE TORQUEMADA, *Monarquía Indiana*, lib. III, cap. XXII.